

# Mónica Rojas

A la sombra  
de un árbol  
muerto



AdN

# **Mónica Rojas**

A la sombra  
de un árbol  
muerto

**AdN**

Primera edición: mayo de 2026

Ilustración de cubierta: Sandra Rilova

Diseño de cubierta: Paco Reyes

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Mónica Rojas, 2024

Publicada mediante acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 979-13-87596-43-9

Depósito legal: M. 5539-2026

Printed in Spain

*A Leonarda, por la inspiración;  
y a mis muertos, por las historias  
que me contaron y las que me  
permitieron inventar.*



*... en la puerta del cielo  
venden zapatos  
para los angelitos  
que están descalzos.*

*Niño chiquirritito  
de pecho y cuna,  
¿dónde 'stará tu madre,  
que no t'arrulla?*

Nana española (cantos populares)



Inés quiso que su hijo se llamara Juan, como su abuelo.

A falta de padre, necesitaba hallarle uno entre los mitos que acompañaban la historia de su familia, y quién mejor que el oriundo de España, el que había llegado, hacía muchos años, con su piel blanca, sus ojos verdes y su eterno olor a vainilla.



1873

## MAGDALENA

---

Magdalena no pudo predecir la tragedia. Su malestar era un poco parecido al de la regla, aunque, en principio, nada insufrible.

La muchacha caminaba de un lado al otro como si con sus pasos pudiera acomodar la ingrátida pesadez que se le había encallado en la cadera. Una infusión de manzanilla le ayudaría a aminorar el dolor de panza, pensó, y mientras calentaba el agua sobre la leña se embobó contemplando el arrebol por la ventana.

La espabiló el borboteo del agua. Se la sirvió en una taza, le soltó unas flores y esperó a que la bebida se fuera tiñendo y liberando sus aromas. Buscó un poco de azúcar, pero hacía días que el frasquito de los terrones estaba vacío. Lástima, le hubiera gustado endulzarse un poco el paladar. Es que en Santander han subido tanto los precios, se quejaban las señoras, entre ellas Magdalena, que recién se había unido a las conversaciones de las mujeres casadas que hacían milagros con lo que recibían de sus maridos para tener, por lo menos, un plato de alubias sobre la mesa. Ni hablar, eso es lo que le toca hacer a una buena esposa: milagros. A una buena esposa también le toca hacer hijos. Un hijo es un milagro.

Tras el primer sorbo, Magdalena volvió a pensar en el azúcar.

Poco le duró la anodina distracción. Una vírgula de agua rosada se deslizó por su entrepierna y, asustada, se alzó el camisón para esculcarse. Notó que una protuberancia, mínima y compacta, destacaba en su vientre blanco, terso como la barriga de un cachorro. A partir de ahí, lo demás pasó muy rápido. Magdalena soltó un quejido y, en un acto reflejo, se fue a recostar en la cama. Un pez estúpido que quería vivir fuera del agua estaba buscando salir por la vagina lacerada de la quinceañera que no sabía lo que estaba pasándole ahí abajo. Abrió las piernas y pujó. Eso que se le salía había tomado una forma más rígida que, con la intensidad de un último jalón, se le desprendió con un chisguete de sangre que se encharcó en su sexo tiñendo de guinda las sábanas color ocre.

Ella, que apenas unos meses atrás había contraído nupcias, se halló sola frente a un pequeño retazo de carne que parecía reposar ovillado sobre nubes de coágulos negruzcos. Intentó limpiarlo para distinguir algo de su humanidad, aunque esa cosa era, ciertamente, más parecida a un pez. Un pescado que, de haber apretado las piernas, quizá se habría resignado a quedarse dentro, pensó o escuchó. Las mejillas se le chapearon. No, no había querido arrojarlo al mundo antes de tiempo, ¿cómo?, si ser madre era la función vital de una mujer casada. Mujer sin matriz no es mujer. Así se lo había dicho su madre y así su abuela a su madre: los hijos son una herencia del Señor, los frutos del vientre son una recompensa. Palabra de Dios.

Yo no fui, yo no quise..., repetía mientras pedía perdón y se balanceaba acunando al bulto con sus manos pringosas.

Juan volvió a la granja por la noche. Extrañado de que todo estuviera a oscuras, entró y llamó a su esposa, a quien apenas distinguió bajo la tenue luz de la luna, que se colaba

por las ventanas. Se fue acercando. Magdalena, cariño, no encendiste las velas ni los quinqués, ¿qué pasa?, insistió, y ella, que seguía moviéndose como los péndulos dándole la espalda, parecía no inmutarse. No fue sino hasta que le tocó el hombro cuando giró su mirada hacia él. Sus ojos estaban a punto de reventar de locura. Carreteras de lágrimas y sangre seca le atravesaban el rostro. Una saliva espesa se le acumulaba en las comisuras de los labios. Magdalena extendió sus palmas y, con solo verlas, Juan entendió todo. Pobrecita mía, dijo, y la abrazó con fuerza.

Ella balbuceó, babeó la camisa de su marido, la mojó con sus lágrimas y al poco rato se soltó:

Ya deja de lamentarte. No hay tiempo, ¿o es que quieres mandarlo al limbo?, la reprendió esa voz que, se estaba convenciendo, era suya. A lo mejor era el tan sonado instinto materno que se le había despertado con el breve embarazo. No, no quiero. No, que no se vaya al limbo... ¿Qué dices?, le preguntó Juan, pero Magdalena, sorda y ansiosa, no perdió tiempo en contestarle, se quitó el camisón y rompió una parte que quedaba limpia para improvisar un sudario. Enjuagó el cuerpecito con los restos de la infusión de manzanilla y lo colocó sobre la mesa. En la cabeza amorfa le untó sal, y aceite en lo que imaginó serían sus pies. Yo te bautizo con el nombre de Juan. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Contesta, di amén para que pueda darle a tu hijo santa sepultura.

Amén, dijo Juan a secas, sin querer participar en la ceremonia.

Magdalena salió al jardín. Cavó con sus uñas un hueco bajo el árbol de manzanas y, tras una sesión de avemarías, colocó ahí el minúsculo fardo con diligencia, tomándose su tiempo para darle algo de solemnidad al acto. Se persignó tres veces y volvió a entrar con el semblante afligido pero se-

reno, como lo han de tener las almas que saben que tarde o temprano saldrán del purgatorio.

Ya más tranquila, calentó agua para darse un baño de asiento mientras le cantaba el *Veni Creator Spiritus*. La canción se tornó en susurro y el susurro en una letra eme dilatada y espesa que se filtró por las paredes de la granja. Ante todo aquello, Juan intentaba acomodar las visiones enmarañadas. Sangre. Lágrimas. Mocos. Saliva. La carnosidad deforme y blanda. La tenue luz de la luna iluminando el fluido casi seco, marrón, pestilente sobre la cama y su mujer yendo de aquí para allá, cantándole al muerto como si hubiera tenido tiempo de forjar un alma.

El epílogo de la pérdida llegó con el cambio de sábanas. Magdalena se recostó. Estaba exhausta y adolorida. Juan hubiera querido abrazarla de nuevo, pero algo lo contuvo, tal vez el miedo a contagiarse de muerte o quizá ese olor que se había quedado impregnado en la cama, ese maldito olor a hierro y vinagre que se interpuso entre ellos desde aquel momento.

El segundo aborto ocurrió al año siguiente. Esa vez sí le tocó a Juan presenciar todo desde el comienzo. Los meses sin regla, los vahídos y los ascos que Magdalena había empezado a padecer terminaron una madrugada con aquella súbita punzada seguida de la necesidad de sobarse la cadera hasta que llegaran los espasmos. Sabía lo que le esperaba. El dolor. La expulsión. La sangre negruzca. El feto más pequeño que el anterior. Después vinieron las oraciones hechas con más solemnidad que devoción ante un cuerpecito que, casi de manera mecánica, untó con aceite y sal antes de envolverlo en una mortaja improvisada con la tela de su camión. Tal y como había aprendido de la primera vez, Juan se apresuró a ayudar calentando el agua con flores de manzanilla.

Hoy es el día de san Damián; así te vas a llamar, cariño, se dirigió Magdalena a su hijo. Damián suena muy bonito, ¿no crees? Es como si Dios te hubiera elegido el nombre. Mira a nuestro bebé, Juan; es tan bello. Y Juan le daba por su lado, le decía que sí a todo, pero no quiso acercarse. Se quedó cerca del agua esperando que su superficie se llenara de burbujas porque, por alguna extraña jugarreta de su imaginación, lo había visto moverse como los caracoles cuando intentan apresurar el paso.

Magdalena siguió en lo suyo. Agarró el diminuto envoltorio y lo abrazó contra su pecho como si en verdad fuera un bebé. El mismo peso, el mismo olor, el mismo lazo habrá sentido porque emitió un ligero gruñido, como el que suelta quien hace un esfuerzo para cargar algo. Vamos, vamos, cariño, que es hora de descansar, dijo para tranquilizar un llanto que solo ella escuchaba y se lo llevó al árbol de manzanas.

Desde adentro, Juan escuchaba las uñas de su mujer surcando la tierra y el canto al Espíritu Santo. También alcanzó a oír los golpecitos que daba para emparejarla después de haber colocado a Damián en el espacio cóncavo, al igual que lo hace quien siembra una semilla.

Tras haber concluido el ritual en solitario, Magdalena entró y cambió las sábanas, agradeció a su marido que hubiera calentado el agua, tomó su baño de asiento, se puso un camión limpio y se acostó. Juan apagó las velas y también se metió debajo de las sábanas. Estaba aturdido por la tranquilidad de su mujer, apenas interrumpida por las lágrimas que derramaba sin ruidos y sin espasmos. Qué rápido se acostumbra las mujeres al dolor, pensó.

Los dos estaban bocarriba. Apenas si rozaban sus meñiques. Juan notó unas grietas en el techo y se concentró en ellas para no seguir vaticinando cómo sería el tercer aborto, el cuarto, el quinto... Ojalá que la casa no se nos caiga encima.

Ojalá que no, o que sí. Qué más da si lo que hay dentro ya se está quebrando.

En ese reposo, Magdalena resintió los ecos del mal padecido. Ecos como latidos en las cavernas de sus entrañas. Punzadas. Ella también guardaba silencio, pero no porque dentro de él buscara sosiego, sino porque buscaba aprisionar eso que la había lastimado. «Que se quede donde está y que se muera con el tiempo». Qué ganaba con quejarse. Mejor imitar a Juan y mirar al techo como queriendo atravesarlo para consolarse con la idea de que su hijo, gracias al Dios del cielo, le haría compañía a su hermano bajo el árbol de manzanas.

Pero sus ganas de ser madre le hicieron una trastada y casi sin poder evitarlo pensó en los detalles que jamás conocería: si habría heredado los ojos azules de ella o los verdes de su padre, si sería travieso o más bien un niño de temperamento tranquilo, cuál habría sido su primera palabra...

Su dolor era constante, insistente y solitario.

Qué pesar sintió, y qué necesidad de acurrucarse en el regazo de su marido, consolarse en su pecho velludo, fornido y amplio, abrigar su cuerpo helado con el calor que emanaba su hombre en la cama, pero no se atrevió a acercarse para no perturbar la mustia quietud a la que les convidaba el silencio. Uno se podía comprender, pero dos abortos ya eran demasiados. Cualquier paso en falso podría terminar en reproches y ella no quería que él le dijera lo que ya sabía: que, sin un vientre fértil, su lugar en la tierra no estaba justificado. Por eso se quedó con el cuerpo frío y con las ganas de ser consolada para evitar el rechazo. Pobre, porque no hay abrazo más triste que el que no se puede dar.

Las gallinas alborotadas por las ganas de comer anunciaron que pronto saldría el sol. Juan había logrado dormir un poco, aunque hacía mucho tiempo que no descansaba. Le resultaba

imposible recuperar las fuerzas y la calma. Tenía muchas cosas en qué pensar y que planear, sobre todo desde que se había quedado sin ayuda para cuidar a los animales de la granja, en los que había depositado todas sus esperanzas para salir de la pobreza. Se suponía que Magdalena se encargaría de ellos mientras él salía a trabajar. Había encontrado un empleo como cargador en una harinera de Santander y, a un año de haber comenzado, ya no podía más.

Tantas horas llevando bultos de aquí para allá para embarcarlos con dirección al puerto de Nantes le estaban causando estragos en la espalda. Y encima de eso, la migraña. Esa maldita migraña que lo embestía cada vez con más frecuencia. De niño, cuando le dieron los primeros ataques, su madre le dijo que no había nada que hacer porque su abuelo había sufrido del mismo mal y las enfermedades que se heredan no se curan, nomás se palian. Trata de preocuparte menos y rezar más, fue lo que le aconsejó. Y cómo iba a dejar de preocuparse si apenas tenía veinte años y ya sentía que la vejez se le acercaba a pasos agigantados, y con la vejez, el ocaso, sobre todo a su esposa. No era de extrañar que, desde el primer aborto, a las gallinas les hubiera dejado de funcionar la cloaca y los cerdos estuvieran enfermos de flacura y rabia.

En la granja todo se había estancado y apestaba a muerte, hasta el tiempo.

Magdalena mataba el tiempo en su silla mecedora. Quien la hubiera visto así jamás se habría imaginado que fuera tan jovencita. Con la espalda encorvada y los ojos bien cerca de las costuras, hilvanaba vestidos negros que decoraba con bordados de punto de cruz. Bordaba y rezaba. Rezaba y cantaba. Las paredes eran su coro.

Lo que nadie sabía en ese entonces era que, además de los vestidos, hacía pequeñas sabanitas blancas, como del tamaño de una servilleta, que adornaba con imágenes religiosas.

Todas las tardes encendía la chimenea y se apresuraba al árbol de manzanas, desenterraba los cuerpos de sus hijos, semejantes a dos dátiles, y, sosteniéndolos como si fuera a amantarlos, los acercaba al calor y, con uno en cada lado, los mecía en su silla y jugueteaba con ellos como queriendo así alegrarles la muerte.

Hebritas, hebritas de oro,  
se me viene quebrando un pie,  
que en el camino me han dicho,  
lindas hijas tiene el rey.

Téngalas o no las tenga  
nada le importa a usted.  
Ya me voy muy enojado  
de los palacios del rey,  
que las hijas del rey moro  
no me las dan por mujer...

Enseguida les daba un beso, echaba al fuego los sudarios usados, los enredaba en unos nuevos y los colocaba de vuelta bajo el árbol donde las raíces eran sus cunas.

Una tarde prolongó su estadía dentro de la casa. No se dio cuenta de que Juan llevaba un rato mirándola, tratando de descifrar lo que estaba haciendo; cuando el hedor a podredumbre le alcanzó la nariz, Juan saltó sobre su esposa para arrebatarle los dos bultitos, que, por el asco y los nervios, arrojó al fuego. Magdalena estuvo a punto de lanzarse por ellos, pero su esposo la sostuvo a tiempo. ¡Ya están muertos!, le gritaba intentando controlarla y ella le decía que no, que cómo era posible que no los escuchara, que se estaban retorciendo, que sufrían. ¡Maldito seas! Ahí donde él no veía otra cosa que unos trapos abrasados por la lumbre que chirriaba, Magdalena veía

a sus bebés convertirse en cenizas. Me habéis quemado a mí también, maldito, sentenció colérica, encajándole los ojos, que ya no eran azules. Ahora su mirada era gris, fría como el metal con que están hechas las navajas, lejana y profunda como un despeñadero. Maldito seas, repitió como si pronunciara una sentencia de muerte, y Juan notó que esa voz de lija ya tampoco era su voz.

Como un animal despavorido, Juan salió huyendo sin querer mirar atrás, anhelando que el camino no tuviera retorno. La piel se le erizó cuando creyó oír unos chillidos que bien podrían haber sido de los cerdos. No estaba seguro. ¡Qué rápido se puede perder la razón! Era eso o, a lo mejor, todo aquello era tan real que, de volver, se encontraría con sus dos niños recibiendo consuelo, recostados en el pecho de su madre.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Hay que rezar más y preocuparse menos, le aconsejó su madre. Pero hay que hacerlo en soledad y con disimulo. Un hombre tiene la obligación de tragarse sus fragilidades. No puede permitirse que le suden las manos ni que se le ablanden las rodillas. Un hombre asustado debería necesitar, a lo mucho, un buen trago para recuperar su temple. Un trago. Caminó hacia una zona más concurrida hasta que los latidos del corazón se le fueron apaciguando. De a poco se fue convenciendo de que su jaqueca, que en las últimas fechas era casi permanente, los dolores de espalda y su virilidad lastimada por el espanto habían sido los culpables de semejante alucinación. ¿Cómo iba su mujer a tener los ojos grises?

Siguió andando hasta que su respiración recuperó su ritmo normal y se encontró con el cálido refugio que necesitaba. De él se desbordaban risas y música. A eso de las siete de la noche de un jueves, entró, por primera vez, a la cantina del faro.